



# Un realismo contemplativo

## Acercas de la "nueva" narrativa argentina

Por Mara López

Grupo de Investigación de la  
Literatura Popular - CEICS

"La literatura argentina a comienzos del siglo XXI: la nueva narrativa". Así se tituló la charla-debate a la cual asistió *El Aromo* el 14 de abril en el Centro Cultural San Martín. Allí se dieron cita Osvaldo Quiroga, Florencia Abbate, Martín Kohan y Leopoldo Brizuela. Los tres últimos, y como el título de la charla lo indica, son los flamantes escritores de la "nueva" narrativa argentina, la generación de "jóvenes" escritores que, al parecer, la representa, aunque algunos de ellos hace rato peinan numerosas canas. El primero, Quiroga, fue el "lúcido" moderador de la mesa, donde la pedantería dominó ampliamente.

En general, la charla tuvo cierto tono informal, "de café" (aunque al final, Osvaldo Quiroga nos recomendó muy insistentemente que nos compráramos algún libro de estos *brillantes* escritores). Los comentarios de los tres redundaron en cuestiones individuales acerca del proceso de escritura: ninguno tiene, según confesaron, ningún plan de escritura en el momento de sentarse a escribir; de hecho, los tres manifestaron no saber para quién escriben (Kohan, por ejemplo, le escribe a la escritura misma). Más lejos aún, los tres reconocieron que la literatura, en definitiva, no está atravesada por la realidad sino que son dos realidades distintas que a veces se encuentran, según las disposiciones subjetivas y conscientes de cada escritor. Es decir, si un escritor tiene ganas de que la realidad y la literatura tengan algo que

ver, así será; si no, no.

De este modo, la realidad sólo funciona como una especie de "botica" de donde el escritor puede sacar aquello que desee y usarlo para escribir: para Kohan, las "ciudades" y "las cuestiones políticas" (?); para Abbate, su propia experiencia subjetiva. Para Brizuela, la literatura no sólo constituye una realidad en sí misma sino que modifica la realidad, pero entendida como *su* realidad (a él los libros le cambiaron la vida porque es muy solitario y tímido, entonces ahora tiene más amigos). Todavía más lejos va, en medio de elogios desmesurados, Osvaldo Quiroga: toda persona está hecha de experiencias, que sólo consisten en "atravesar libros, películas, teatro". Según el moderador, entonces, la experiencia es un discurso, una ficción.

Cuando se les preguntó qué clase de público los lee, teniendo en cuenta que Abbate ya había señalado "el embrutecimiento de la clase media que sólo lee a Coelho", Brizuela admitió que las "clases bajas" no lo leen, pero que las editoriales registran algunas ventas. De modo que "alguien" lo lee, aunque no sabe quién y, por supuesto, tampoco sabe para quién escribe, a pesar de que caracteriza al lector como "esa entidad intrínseca al texto".

Por su parte, Abbate, está convencida de que "el lector" es una "entelequia que sirve para justificar que se edita mucha basura", porque son los editores los que dicen que "la gente quiere historias sencillas". Según la escritora, son las grandes editoriales las que "construyen un público para que lea basura" y no se ocupan de "generar un público para cosas más complejas", como si esa "entelequia" surgiera por la

mera voluntad de los editores. Por supuesto, tampoco ella, con su perspectiva determinista (la editorial "construye" al lector) sabe para quién escribe. Su miserabilismo-reproductivista cree que el lector no tiene ninguna experiencia real y ninguna conciencia de ella; por lo tanto, es tabula rasa para lo que el negocio editorial pretende hacer con él. Consecuentemente, sólo encuentra placer en que al menos una amiga de su madre termine de leer alguna novela suya sin dormirse.

Peor aún, Kohan, separa la actividad de escribir del momento de publicar. Escribe "para nadie"; están él y el texto, o más bien, sólo "*su* escritura". Lo cierto es que él tampoco le escribe a ningún lector. No sabemos entonces qué lector halla al momento de publicar.

Ocuparse de la realidad, entonces, para estos escritores, es una elección individual, pero fundamentalmente, es una *elección*. Es decir, cualquiera puede decidir privar al arte (y a la literatura) de aquello que *lo constituye* principalmente y por sobre cualquier otra cosa: ser un producto social. El problema es que esta elección es imposible y lo demuestra la obra rabiosamente politizada de estos mismos escritores. Cabría preguntarse por qué razón plantean una separación que la propia realidad muestra como imposible y que su obra niega. Brizuela escribe sobre los desaparecidos; Kohan, sobre el Proceso Militar; Abbate, sobre el Argentinazo. ¿Cómo se explica esta voluntad de un "realismo casi socialista" que, sin embargo, se niega permanentemente mediante la reivindicación de la separación entre la vida social y el arte? Arriesgamos una respuesta: la conciencia de la realidad parece no ser suficien-

te para provocar la acción. Ninguno de ellos reivindica la acción política, ni escribe para provocarla. Se trata, entonces de un realismo vergonzante, de un realismo contemplativo. En el mejor de los casos, se oscila entre dos extremos posmodernos: Brizuela considera que la literatura tiene un carácter performativo ("Decir es hacer"); Kohan cree que su producción es sólo un elemento más de una vasta e incomprensible realidad.

Estos escritores de la nueva narrativa argentina no producen con conciencia de la propia actividad, escriben sin saber para qué (salvo por puro hedonismo intelectual, dado que todos declaran ser felices en el momento de escribir). No es cierto, como afirma Kohan, que cuando un sujeto escribe pueda hacerlo en abstracción de las relaciones sociales que lo constituyen, pues para ello tendría que dejar a un lado el pasado, la idea que posee del presente y cómo se plantea el futuro; es decir, debería desaparecer en tanto sujeto y convertirse en alguna otra cosa, una "entelequia" desarraigada de la realidad y, por lo mismo, sin posibilidades de ejercer ningún tipo de acción sobre ella. Lo que esta "nueva" narrativa está planteando, en definitiva, es abdicar del arte en tanto motor de la vida. Contradictoriamente, hablan todo el tiempo de la realidad mientras niegan que su actividad pueda participar de la transformación de la vida social. Es la literatura que corresponde a la pequeña burguesía desahuciada que pareció volver a la vida con el Argentinazo y ahora se esfuerza por creer en una nueva ilusión (Kirchner) sin estar muy convencida de poder realizarla.

## Las chicas no pueden divertirse (apostillas a Cromañón)

Por Julieta Pacheco

Grupo de Investigación de la  
Literatura Popular - CEICS

Muy poco se dijo sobre lo sucedido en Cromañón con respecto a la muerte de varios bebés y menores de edad que estaban dentro del boliche. Se los cuenta entre las 193 víctimas, pero la explicación de sus muertes pareciera no recaer en los culpables sino en las víctimas. A la "masacre" en general, se le encontraron diferentes responsables según fuera el interés que lo expresara (ver *El Aromo* n° 18, en particular los artículos de Fabián Harari y Gonzalo Sanz Cerbino) pero, en el caso de los bebés, pareciera ser que el culpable es para todos los sectores el mismo: la madre.

La ideología capitalista supone que la mujer es la que está capacitada, natural y/o socialmente para ser madre y, con esa justificación, se la obliga a asumir dicha responsabilidad. Si la mujer no es madre, no puede consagrarse como mujer y le costará encontrar un lugar en la sociedad en el cual no aparezca esta situación como un disvalor: una vez que es madre, debe renunciar a ser "individuo" social. Debe quedarse en su casa a cuidar de sus hijos, y si por casualidad se le ocurre participar de alguna otra actividad que no encaje con sus funciones maternas, es una mala madre. La que sufre estas contradicciones con mayor fuerza es la mujer obrera, porque la burguesa cuenta con todos los recursos que le permitan decidir si quiere o no ser madre y si eso es lo que desea, cuándo y



Grabado de Laura Mejillones. Detalle del mural próximo a inaugurarse en la Universidad de Luján del Grupo de Muralistas Piqueteros - RyR

cuántas veces quiere ser madre.

Durante los días posteriores al crimen social de Cromañón, esta ideología funcionó a pleno para evitar que la responsabilidad por lo sucedido recayera en el sistema social (el capitalismo), en sus agentes económicos (Chabán, sus socios y el negocio del rock en general) y en sus representantes políticos (Ibarra, Kirchner y los políticos burgueses). Con relación a los niños muertos, las culpables son, según esta ideología, las mujeres que asistieron con sus hijos esa noche del 30 de diciembre del año pasado al boliche. Debieron haberse quedado en casa, en lugar de arriesgarse a llevar a sus hijos "a un lugar así": la víctima como victimario de su propio hijo. Este intento de explicación del "sentido común", patriarcal y burgués, es la manifestación de la opresión que debe sufrir la mujer obrera (que además es madre) bajo el capitalismo. El uso del tiempo de ocio es un derecho restringido por la pertenencia de clase, pero también por la de género. La explicación miserable de la muerte de los niños de Cromañón, amontonados en un baño acondicionado a guisa de "guardería", no parece capaz de imaginar que las compañeras tienen derecho a vivir una vida no mutilada y que la vida de sus hijos no puede ser el castigo por semejante "atreimiento". En lugar de acondicionar guarderías populares y gratuitas para las obreras, el patriarcado capitalista juzga inaceptable que las compañeras disfruten, aunque sea por breves instantes, de aquello a lo que la burguesía dedica sus días.